

## **Burgueses pobres, asalariados ricos**

*Me gustaría que este texto fuese una buena muestra de gratitud por las muchas cosas que he aprendido leyendo a don Vicente Huidobro, poeta y mago*

¿Puede haber burgueses pobres y asalariados ricos?, ¿puede haber burgueses explotados y asalariados que los exploten?, ¿puede haber burgueses de izquierda y asalariados de derecha?, ¿puede haber trabajadores que no sean ni burgueses ni proletarios?. Estas preguntas sólo representan un problema para los expertos en análisis social. Cualquier persona que no lo sea notará de inmediato que la respuesta empírica a cada una de ellas es sí. Y no se alarmará particularmente, ni iniciará un debate con caracteres de escándalo al respecto, salvo que tenga buenas razones políticas para hacerlo o, al menos, para simularlo. No es raro que entre los ex marxistas que son llamados “post marxistas” este debate haya prosperado. Muchos de ellos suelen cumplir con ambas condiciones.

### **1. Una cuestión epistemológica**

La primera cuestión que una persona razonable podría notar en cada una de estas preguntas es que mezclan dos ejes de distinción. Burgués - asalariado, pobre - rico, explotador - explotado, “de derecha” - “de izquierda”, o incluso tres: burgués - proletario - trabajador. Sólo alguien que no sea un experto podría creer que los primeros términos, o los segundos, de cada uno de estos pares se implican entre sí, teórica o empíricamente. De hecho estas aparentes paradojas aparecen porque es fácil mostrar que empíricamente no siempre se corresponden.

Es necesario notar también que algunos de estos pares representan distinciones empíricas y otros distinciones que, aunque tengan un correlato empírico, son más bien de tipo teórico. Es el caso de la diferencia entre “burgués - proletario” y “rico - pobre”. En el primer par tenemos una diferencia de clase, en el segundo una diferencia de estratificación social. Cuando combinamos ambas distinciones estamos combinando dos tipos de análisis práctica y epistemológicamente distintos.

Los análisis de estratificación social son, y deben ser, característicos de la sociología empírica. Buscan establecer grupos sociales de acuerdo a indicadores que permitan la clasificación, la medición, y la cuantificación de lo que estudian. Típicamente, diferencias educacionales, de ingresos, o de edad o, incluso, categorías más sutiles como género, etnia, o religión. Como todo análisis empírico, proceden sobre conjuntos sociales acotados, locales, considerados en un momento determinado. Como en toda investigación científica, su objetivo es aportar elementos para elaborar técnicas, bases medianamente objetivas sobre las cuales tomar decisiones, elaborar políticas, intervenir procesos de acuerdo a sus características actuales y reales.

El análisis de clase, en cambio, es, y debe ser, una tarea muy distinta. Lo que intenta es determinar la alineación de los grupos sociales en torno a un eje particular: el modo en que participan del producto social. Las palabras son engañosas y en ciertos casos esto se agrava con la cacofonía. Entendámonos, el eje es el “modo”, no el “monto”, de su participación.

Participar del producto social es una relación social. Especificar el modo en que se logra hacerlo es enunciar los rasgos claves de esa relación. Rasgos que requieren la formulación de criterios de tipo teórico, cuya relación con las realidades empíricas es de suyo más compleja que la de un indicador cuantificable. Esta complejidad deriva en buena parte de la diferencia epistemológica entre ambos tipos de análisis. El análisis de clase especifica agrupaciones de carácter global (no sólo local), histórico (no sólo acotada a un tiempo y espacio particular), dinámico (no sólo grupos, más bien sujetos). Ésta última

característica es la más importante.

El análisis de clase no busca sólo especificar grupos, en el sentido de colectivos, o colecciones de personas, sino sujetos sociales. Para la pura estratificación no es relevante que cada uno de los grupos especificados tenga esta u otra disposición a la acción, esta u otra historia, o algún “ethos” particular. Los grupos son los que son, independientemente de si quieren serlo o si están dispuestos a luchar para seguir siéndolo.

En el análisis de clase, en cambio, hay una profunda hipótesis acerca de la historia humana, que trasciende el análisis puramente científico. Lo que se supone es que los seres humanos están implicados en un radical conflicto en torno a la apropiación del producto social, y que ese conflicto los constituye como sujetos antagónicos y dispuestos a luchar alrededor de ese antagonismo. Lo que el análisis de clase busca es determinar los sujetos constituidos en un estado determinado de la lucha de clases.

Sería simplemente absurdo y contraproducente pedir que la sociología empírica se comprometa con una hipótesis como ésta. Absurdo porque es una hipótesis que conlleva una carga valórica enorme, una exigencia implícita de compromiso y participación, que un científico, en tanto científico, no tendría por qué asumir. Una hipótesis que tiene su origen más bien en un conjunto de situaciones existenciales que en detallados estudios empíricos, y que está animada más bien por una voluntad revolucionaria que por un simple amor a la verdad.

Y contraproducente, porque los servicios posibles de la sociología a la política concreta pueden ser muchos y muy valiosos aún sin ese compromiso. En la investigación científica son necesarias pasiones distintas que las que hacen a un buen revolucionario, y eso está muy bien, y una cosa no tendría por qué ser contradictoria con la otra. Mezclarlas o confundirlas le hace mal tanto a la sociología como a la revolución. A los marxistas les sirve mucho saber sociología empírica, los sociólogos que la produzcan no tienen por qué ser marxistas.

## **2. Burgueses pobres y asalariados ricos**

La diferencia, y la evidente complementariedad, entre ambos tipos de análisis se puede ver en los que constituyen sus objetivos característicos, cuando se piensa en la política. El análisis de clase sirve para fundamentar la política, el análisis de estratificación sirve para hacer política efectiva. Una cosa es establecer la diferencia básica entre amigos y enemigos, otra es establecer la gama de aliados con que se puede contar, incluso entre los “enemigos”, y la de enemigos que hay que considerar, incluso entre nuestros “amigos”.

Para la política marxista la sociedad capitalista está dividida de manera antagónica entre burgueses y proletarios. El criterio de esta alineación de clases es la propiedad privada de los medios de producción. La burguesía, como clase, apropia plusvalía creada por el proletariado, como clase, y legitima esa apropiación en la figura jurídica de la propiedad privada. El instrumento inmediato de esta apropiación es el contrato de trabajo asalariado, y la condición social para su viabilidad es la existencia de un mercado de fuerza de trabajo.

Para el argumento marxista es suficiente con establecer que, históricamente, el conjunto de la burguesía (la burguesía como clase) extrae plusvalía del conjunto del proletariado. Como en esta apropiación, el proletariado es retribuido sólo según el costo mercantil de su fuerza de trabajo, y la burguesía en cambio puede disponer de todo el resto del producto, como ganancia, hay una transferencia neta de

valor desde una clase, que es explotada, a otra, que es objetivamente explotadora. Estas premisas son suficientes para sostener que si la producción de bienes es eminentemente social y la apropiación de su usufructo, en cambio, es desigual y privada, es necesaria una revolución que termine con el estado de derecho que permite y avala tal situación.

Éste es un razonamiento en que estamos considerando a sujetos, históricos y globales, no a colectivos, locales y temporales. Lo que nos importa no es que un burgués sea generoso y pague buenos salarios, o que otro quiebre, debido a los malos negocios o a la incompetencia de sus trabajadores. No estamos considerando la relación entre un burgués y sus trabajadores en particular, sino la relación entre una clase social entera y otra, que es explotada. Se trata de un razonamiento fundante, que tiene evidentes correlatos empíricos, pero que no depende, en lo sustancial, de ellos. Y esto se puede hacer evidente en que no nos importa, para este fundamento, el nivel efectivo de los salarios. Aún en el caso de que los burgueses paguen muy buenos salarios, cuestión que no es imposible, reclamaríamos el fin de una sociedad organizada de manera capitalista. Y esto porque estamos reclamando contra la explotación, no directamente contra la pobreza. Porque creemos que la explotación es injusta, no se justifica social e históricamente, y da origen a toda clase de situaciones existenciales inaceptables, de las cuales la pobreza es sólo una, aunque sea la más urgente.

Si está clara la distinción entre una diferencia de clase como “burgués - proletario” y una diferencia de estratificación como “rico - pobre”, entonces podemos abordar el dato empírico de que efectivamente hay burgueses pobres y proletarios ricos. Por un lado, la altísima productividad de las empresas que usan tecnología de manera intensiva permite, efectivamente, que haya proletarios que gocen de salarios muy altos, de los que, en una escala simple de estratificación se pueda decir que son “salarios de ricos”. Por otro lado, la desagregación de las cadenas fordistas de montaje en innumerables talleres de producción organizados en red hace posible la figura del pequeño, e incluso micro, empresario, que es dueño de una o dos máquinas, y que está sometido a las fluctuaciones de la demanda como un último eslabón, precario, lo que hace que sus ingresos puedan calificarse de “ganancia de pobre”.

Estas situaciones no tienen porqué alterar el cálculo esencial de los marxistas: los burgueses son el enemigo. Pero es bastante obvio, salvo quizás para un experto en análisis social, que deben alterar la política marxista efectiva, a nivel empírico y cotidiano. No debería ser muy difícil entender que siendo los propietarios privados los enemigos en general, haya un nivel de estratificación de las ganancias bajo el cual es posible considerarlos como aliados. El aparente misterio de esta situación sólo consiste en la reducción impropia de la expresión “enemigos en general” a esta otra: “enemigos por esa exclusiva razón”. Que alguien sea propietario privado de medios de producción sólo es una de las razones por las cuales podría ser amigo o enemigo en la lucha social, aunque sea la razón más importante. Otras condiciones existenciales, tanto entre los explotados como entre los explotadores, podrían acercarlos o alejarlos, sobre todo, como veremos más adelante, otras correlaciones de clase que estén presentes a la vez. Don Vicente García-Huidobro Fernández, poeta y mago, dueño de la Viña Santa Rita, no tuvo problemas para ser candidato a la presidencia de la república apoyado por el Partido Comunista de Chile, hay muchas y sobradas razones para esperar situaciones simétricamente contrarias.

Los burgueses pobres pueden ser aliados de la revolución marxista porque objetivamente son perjudicados por el gran capital, y porque la revolución podría abrirles un mejor horizonte de vida aún en el caso en que tengan que renunciar a la propiedad privada de los medios que poseen. Si la revolución es capaz o no de ofrecer de hecho esas mejores condiciones de vida es un asunto empírico. En términos teóricos ni la existencia de burgueses pobres, ni su eventual apoyo a la causa

revolucionaria debería ser materia de sorpresa.

### **3. Burgueses explotados y asalariados explotadores**

La existencia, empíricamente constatable, de asalariados ricos abre otro flanco, ahora interesante, en esta discusión. En la lógica del marxismo clásico nada impide que un burgués sea explotado por otro, o más bien, que un sector del capital, como el capital financiero, obtengan ganancia a costa de otro, como el capital industrial. O, también, en el caso de las redes post fordistas, que los capitalistas que comercializan obtengan ganancias a partir de los microempresarios, que son los que efectivamente producen. En estos casos lo que ocurre es simplemente un reparto de la plusvalía entre diversos sectores capitalistas. Plusvalía que, de todas maneras, es producida en último término por los asalariados. En todos estos casos se cumple la hipótesis de que los burgueses explotan a los proletarios. La dicotomía de clase, complejizada por las contradicciones posibles entre burgueses, se mantiene.

Desde luego la hipótesis marxista es que el enriquecimiento de la burguesía se debe a estas relaciones de explotación. Esto resulta de una idea fundamental: sólo el trabajo humano produce valor. Si todo el valor es producido por el trabajo humano, el enriquecimiento, que es el correlato empírico de la valorización en general, debería producirse a través del trabajo. La crítica básica de Marx es que el enriquecimiento general de la sociedad humana, producido por una forma del trabajo, el trabajo industrial, que ha llegado a ser eminentemente social, es interrumpido y distorsionado por el usufructo privado de esa riqueza debido a la explotación capitalista. Bajo el capitalismo la que se enriquece es la burguesía, a costa de los asalariados.

Ésta idea no contradice la constatación anterior de que son posibles los burgueses pobres. Para el argumento marxista, como está dicho, lo relevante es el enriquecimiento de la burguesía como clase, no el de cada burgués. Es posible, por ejemplo, que un burgués se haga rico sólo debido a las fluctuaciones de la oferta y la demanda, que Marx no niega. Si compra sistemáticamente barato cuando hay abundancia, y vende caro en los momentos de escasez, en su enriquecimiento particular no habrá jugado ningún papel relevante el hecho de que los productos que transó hayan sido producidos por el proletariado. La cuestión es, y Marx lo mostró de manera contundente, que el conjunto de los burgueses no podría hacer a la vez la misma operación. Por cada burgués que logró hacerse rico por esta vía otros tantos habrán perdido sus riquezas. Esto resulta de que el precio de los productos, que es una variable local y temporal, y que está efectivamente sometido a las fluctuaciones de la oferta y la demanda, tiende, histórica y globalmente, al valor real, que está determinado más bien por el trabajo humano incorporado en la mercancía. De esta manera, los enriquecimientos locales, temporales, obtenidos por las fluctuaciones de los precios, se compensan en torno al enriquecimiento real, que sólo aumenta, globalmente, en la medida en que se ejerce socialmente el trabajo humano.

En el análisis de clase, entonces, el enriquecimiento bajo el capitalismo, sólo se puede obtener, en lo esencial, a partir de la explotación, de la extracción de plusvalía a partir de la propiedad privada de los medios de producción. Los asalariados, que sólo pueden vender su fuerza de trabajo, no podrían hacerse ricos, aunque puedan obtener salarios bastante altos. Si se hacen exámenes de estratificación social adecuados, sin embargo, es posible constatar que hay asalariados ricos, y que se enriquecen progresivamente. Yo creo que es posible hacer un análisis marxista, de clase, de esta situación.

Es asunto es preguntarse qué es lo que hace que un grupo social pueda ser llamado “clase” y bajo qué condiciones puede estar en la posición de “clase dominante”. Cómo está dicho, el criterio general para establecer la diferencia de clase es el modo en que se participa del producto social. Pero, ¿qué es lo que

hace posible que las diversas clases participen de manera diferenciada?, en particular, ¿qué hace posible que un grupo usufructúe con ventaja del producto? Yo creo que un criterio marxista posible es éste: una clase social logra ser la clase dominante cuando domina la división social del trabajo y, para poder lograr este dominio, domina las técnicas más avanzadas y claves en la producción social.

Este criterio implica distinguir entre la causa material del dominio de clase y los medios a través de los cuales ese dominio es legitimado. La burguesía, a partir de la posesión de hecho de las técnicas más avanzadas, y de los medios de producción más eficaces, logró el dominio de la división del trabajo en la modernidad. Es a partir de ese dominio que construyó su hegemonía social, e instauró el derecho de la propiedad privada como sustento legitimador. La burguesía no es la clase dominante porque sea propietaria privada de los medios de producción, es al revés, llegó a ser propietaria privada porque era ya la clase dominante.

En esto consiste justamente la idea de Marx de que el estado de derecho moderno tiene un carácter de clase. La afirmación no es desde luego que todas las leyes beneficien a la burguesía. Sólo un experto podría llegar a una conclusión como esa. La idea es que el estado de derecho como conjunto, global e históricamente, está construido en torno al derecho de la propiedad privada, y a la legitimidad del contrato de trabajo asalariado. Es por esto que, para Marx, superar el capitalismo sólo puede consistir en abolir ese fundamento del estado de derecho moderno, y esta, como es obvio, es en principio, jurídicamente considerada, una idea revolucionaria.

Muchas leyes particulares, que benefician directamente a los trabajadores, o a la sociedad humana en general, pueden coexistir con ese estado de derecho burgués, sin contradecirlo de manera frontal y directa, aunque su contenido ético lo trascienda largamente. Las personas razonables deberían esperar que esas leyes sean mantenidas y potenciadas a través de una revolución que erradique un fundamento del estado de derecho e imponga otro, en que tengan cabida de manera más directa, más real y practicable. A pesar de la aparente espectacularidad de la expresión, no es sino eso lo que Marx quiere decir con su idea favorita: “que la dictadura de la burguesía sea derrocada por una dictadura revolucionaria del proletariado”. Es obvio que el modo empírico de este “derrocamiento” es un problema bastante delicado. Pero, al menos teóricamente, no hay en esta idea ningún misterio especial.

Pero entonces, si la propiedad privada no es el origen sino un efecto del dominio de clase, nada impide que en la sociedad moderna real haya más de una manera de usufructuar del producto social con ventaja, y más de una manera de legitimar ese usufructo. Lo que sostengo es que actualmente, debido a la complejización creciente de los procesos productivos, y del mercado global, el control sobre la división social del trabajo ha escapado de las manos de la burguesía como clase. Otro sector social, que posee de hecho las técnicas de producción más avanzadas, sobre todo las de coordinación de la producción, ha levantado lentamente su hegemonía dentro del sistema de explotación burguesa, y sin contradecir frontalmente el estado de derecho que la legitima.

No hay una razón esencial para que los burgueses se llamen “burgueses”. El nombre proviene de una circunstancia histórica, importante, pero accidental. Históricamente quedó demostrado que nada en la condición burguesa exige que los burgueses vivan en burgos. De la misma manera no hay una razón esencial para llamar “burócratas” a los nuevos explotadores. El nombre es apropiado, accidentalmente, porque trabajan en oficinas, pero podrían no hacerlo. Quizás es más apropiado llamarlos “tecnócratas” o, incluso, por sus formas de legitimación, simplemente “científicos”. Voy a considerar todos éstos términos como aspectos de uno sólo, y voy a llamar, por razones históricas un tanto lamentables,

“burocracia”, a la nueva fracción de la clase dominante.

La figura del burócrata no está considerada en el ordenamiento esencial del estado de derecho burgués. Los burócratas son, de manera jurídica y efectiva, asalariados. Sin embargo el modo en que participan del producto, en que obtienen su “salario” es esencialmente distinto del modo en que lo hace el proletariado, o la clase de los productores directos. En la lógica marxista el proletariado obtiene su usufructo de vender su fuerza de trabajo, sin embargo, el punto clave no es ese sino, más bien, qué valor es el que corresponde de hecho, en el mercado, a esa fuerza de trabajo. Es el modo en que se determina éste valor el que hace posible la explotación.

Uno de los aportes esenciales de Marx a la crítica de la economía política que ya habían desarrollado los economistas ricardianos como Thomas Hodgskin, John Bray y Edward Thompson, es la idea de que la fuerza de trabajo es una mercancía, y de que su valor de cambio en el mercado capitalista se establece de hecho de la misma manera en que se establece el valor de cambio de todas las mercancías: por el valor del trabajo que tiene incorporada. Otra manera de decir esto es que el valor de cambio de la fuerza de trabajo, que es el salario, está determinado por el costo social de producirla y de reproducirla.

Es muy importante notar que los factores que determinan el salario, global e históricamente, son dos, no sólo uno. Se trata no sólo del costo de producir fuerza de trabajo, digamos, de alimentar, vestir, dar educación y vivienda a un obrero, sino también de los costos implicados en reproducirlo, literal y socialmente. De una u otra manera en el salario el capitalista paga el costo de subsistencia de la familia del trabajador. Y no sólo eso. Paga el costo social de educarlo para que esté a la altura de los nuevos medios de producción. Paga el costo social de hacer posible su vida, en ciudades más o menos miserables, pero que de todas maneras requieren calles, sistemas de transporte, plazas, lugares de recreo. Paga todo esto a veces directamente y, en general, a través de lo que paga en impuestos.

Incluso, si el análisis se hace más fino, el capitalista debe aceptar un cierto salario mínimo socialmente aceptable, bajo el cual los trabajadores simplemente se negarían a trabajar. Y esto se hace visible a medida que aumentan los estándares de vida en toda una sociedad. Los obreros alemanes simplemente no aceptan ciertos tipos de trabajos y niveles de salario, lo que explica que Alemania tenga a la vez cientos de miles de alemanes desempleados y cientos de miles de inmigrantes turcos dispuestos a ocupar los empleos que los alemanes no aceptan.

El costo de la producción de fuerza de trabajo es, para Marx, una variable histórica plenamente situada, que obedece a factores no sólo estrechamente económicos sino también fuertemente culturales. Por esto Marx previó, como ningún otro economista de su época, que se produciría una diferencia creciente entre el salario de subsistencia, que sólo paga la sobrevivencia del trabajador, y el salario real, que paga la reproducción del trabajador como actor social, con todas las complejidades que esto implica. En la medida en que el costo digamos, de los alimentos y del vestuario, baja, el salario de subsistencia tiende históricamente a bajar. Pero eso no significa que los burgueses puedan, o de hecho, paguen menos a sus trabajadores. A diferencia de la opinión de los socialdemócratas y socialistas utópicos, el cálculo de Marx es que habría una tendencia histórica al alza de los salarios reales. De más está decir que una buena parte de los marxistas siempre han razonado en este punto como perfectos socialdemócratas o, peor aún, como socialistas utópicos.

Es el alza histórica, culturalmente determinada, del salario real, la que obligó a los capitalistas del siglo XIX a contratar mujeres y niños, y pagarles menos que a los hombres porque no se supone,

culturalmente, que mantengan sus hogares. Y es esa misma presión la que obliga a los capitalistas del siglo XX a llevarse sus industrias a países periféricos donde las condiciones políticas y culturales prevalecientes les permiten pagar salarios menores también a los hombres (y mantenerlos apoyados en los sistemas de dictaduras infames que han sido superadas en los países centrales).

La conclusión de esto es que nada impide que, a partir de la alta productividad, los capitalistas paguen salarios mayores, aunque siempre, en principio y de hecho, los paguen según el costo social que va adquiriendo el reproducir la fuerza de trabajo. Pues bien, esto es justamente lo que permite reconocer el “salario” burocrático: se trata de salarios que exceden largamente ese costo social de producción y reproducción de la fuerza de trabajo que aportan a la producción social. Sólo este exceso es lo que permite el enriquecimiento de un burócrata “asalariado”: usufructúa de la extracción de plusvalía sin ser propietario de medios de producción.

No hay, en el ordenamiento jurídico burgués, un lugar para este usufructo. En un orden que sólo distingue la “ganancia” y el “salario”, la idea de una “ganancia burocrática” es extraña. Yo creo que es preferible, en términos políticos, referirse a ella como “salario burocrático”. Primero porque, jurídicamente hablando, es realmente salario, y segundo, porque nos advierte que entre los trabajadores podría haber un grupo cuyos intereses de clase no son, no sólo empíricamente, sino que en principio, los del proletariado.

El modo en que se consigue el salario burocrático es directo y simple. Hay lugares en los procesos productivos, y en la coordinación del mercado global, en que se puede usufructuar del hecho de que el propietario no está en condiciones prácticas de intervenir o de decidir. Es el caso de la alta complejidad técnica de la producción, donde el tecnócrata tiene los elementos para tomar decisiones y el burgués no, o de las tareas de coordinación del mercado que están en manos de los estados, donde el burócrata se hace pagar bastante caro su influencia. Lo clave, sin embargo, es el modo como esta intervención es legitimada, las maneras en que la hegemonía burocrática sobre el capital es impuesta, a pesar de que el estado de derecho favorece en principio al propietario privado.

Tal como la burguesía legitima su usufructo en la figura ideológica de la propiedad privada, la burocracia legitima el suyo en la figura ideológica del saber. La propiedad privada es una figura ideológica porque es una construcción histórica que tiene su sentido real en algo que no está de hecho en ella misma, y que está encubierta por su apariencia: la posesión de hecho de los medios que permiten la explotación. El saber, en el sistema burocrático, es una figura ideológica porque es una construcción histórica cuyo origen y sentido real es el mismo: legitimar una forma de explotación.

Tal como en el sistema jurídico burgués la propiedad no implica la posesión efectiva de bienes (un propietario puede no tener la posesión de un bien, y no tener el poder efectivo de usarlo según su arbitrio y, al revés, alguien podría usufructuar de hecho de la posesión de un bien sin ser su propietario), así también, en el dominio burocrático, el “saber” no tendría porqué corresponder a algo en el mundo real. El dominio efectivo de un burócrata sobre un proceso productivo requiere un saber, pero el discurso sobre el saber por parte de los burócratas no necesariamente corresponde a ese dominio efectivo. Para el poder burocrático, de manera creciente, el sólo discurso del saber, la mera apariencia del saber, protegida institucionalmente, es suficiente, muchas veces, para obtener el usufructo. De la misma manera como un burgués puede reclamar ganancias por el mero recurso jurídico de ser el propietario, independientemente de si efectivamente tiene algún contacto con la posesión y el ejercicio efectivo sobre los bienes que le pertenecen según la ley. Es fácil darse cuenta de que la ley de la

propiedad es injusta en ese caso. Hoy día es cada vez más fácil darse cuenta de que el salario burocrático es injusto: no hay nada realmente productivo o efectivo en “coordinar” una función productiva, un salario común debería poder pagar ese oficio. Cada uno de nosotros puede atestiguar ampliamente, en toda clase de trabajos, que no es eso lo que ocurre.

El salario burocrático lo que expresa es una relación de explotación de ciertos “asalariados” sobre los propios burgueses, propietarios del capital. Un ejemplo que es muy nuestro, que expresa con una sinceridad monstruosa nuestra “shilenidad”: el caso de las Administradoras de Fondos de Pensiones, AFP. Los propietarios del capital son los trabajadores. Ellos han “contratado” a unos señores para que “administren” el capital que acumulan, con una constancia típica de una “ética protestante”, como cotizaciones destinadas juntar un fondo de pensión que les permita una vejez apacible. Hasta el más conservador de los cálculos indica, sin embargo, que estos “asalariados” van a ganar muchísimo más con su tarea de administración que los “capitalistas populares” que los contrataron. Las ganancias de las AFP resultan así de la explotación de “asalariados” sobre “burgueses”.

#### **4. Burgueses de izquierda y asalariados de derecha**

Todo salario y toda ganancia se obtienen, siempre, a partir de la riqueza creada por los productores directos. El salario burocrático corresponde a un reparto de la riqueza creada por los trabajadores, entre dos clases dominantes que legitiman su usufructo de distinta manera. Los intereses de clase de los productores directos son antagónicos no sólo a la burguesía sino también a una parte de los propios asalariados. Los objetivos de una eventual revolución comunista son dobles. Es el análisis de clase, teórico, global, histórico, cargado del impulso valórico que aporta una voluntad revolucionaria, el que puede llegar a estas conclusiones. La política concreta siempre es más complicada que sus fundamentos.

Se trata del derrocamiento no sólo del estado de derecho que favorece y avala a la burguesía, sino también, en él, de la construcción progresiva de una juridicidad burocrática. Lentamente el libre arbitrio burgués sobre la propiedad ha sido limitado, recortado, por el interés burocrático en nombre, como siempre, del interés de todos los ciudadanos. Ya Marx, en la Ideología Alemana, hacía ver esta obviedad, y mostraba su oscura trastienda: toda nueva clase social dominante presenta sus intereses como si fueran los de toda la humanidad.

La cuestión no es si la limitación progresiva del arbitrio sobre la propiedad favorece de hecho, empíricamente, a toda la humanidad o no. Perfectamente esto podría ser cierto y, a la vez, encubrir una nueva forma de dominación de clase. Sólo una noción muy simplista del progreso, esa que es típica del pensamiento ilustrado, podría creer que la historia avanza simplemente de lo malo a lo bueno, de lo puramente caótico a lo ordenado, o de lo inhumano a lo puramente más humano. Perfectamente podría ocurrir que el progreso de lo “bueno” vaya junto, y sea inseparable de lo que podemos llamar “malo”. Éste es el criterio de “progreso”, no ilustrado, que hay en Marx. Los cambios históricos experimentados en la modernidad no sólo son un gran paso adelante en la humanización de la sociedad humana, sino que también, y de manera inseparable, han acentuado las dimensiones de la enajenación. No se trata de una tesis escatológica, o de un pronunciamiento tremebundo y espectacular sobre la relación entre el bien y el mal. Se trata más bien de una hipótesis formulada a propósito de cuestiones de hecho, que es cierta en estas épocas históricas y podría no ser cierta en otras.

Quizás sea bueno ofrecer un ejemplo de esto, para poder evaluar luego qué de “bueno” y qué de “malo”, para un horizonte comunista, puede tener el dominio burocrático, porque lo que quiero



considerar a continuación son justamente situaciones en que se presentan estos tipos de ambigüedades y conflictos, morales y teóricos.

Como está dicho más arriba, para los capitalistas resultó conveniente aprovechar la condición machista prevaleciente de la cultura europea del siglo XIX para contratar en sus industrias a mujeres, a las que se pagaban salarios menores que los que se pagaban a los hombres. Con esto el costo de la reproducción de la fuerza de trabajo bajó y la plusvalía, de manera correspondiente, subió. Hay que considerar, sin embargo, que este abuso capitalista fue posible a partir de una situación de la que los mismos capitalistas no eran responsables. Nada en la condición burguesa, salvo el interés por la ganancia, obliga a consentir o a fomentar una cultura machista. Aquí, simplemente, un rasgo cultural anterior al capitalismo se hace funcional al interés de la burguesía.

El reverso de esta situación, sin embargo, es que las mujeres adquirieron una nueva capacidad de negociación social y, justamente, en los términos en que la sociedad de la época valoraba la fuerza de negociación: en dinero. La mujer podía, con su salario, establecer una nueva forma de relación con el hombre, con sus hijos, con la sociedad entera. Por mucho que sus salarios fuesen realmente bajos, pasaron de la opresión feudal que las condenaba a la casa y la cocina, a la explotación capitalista, que les permitía un poder con que antes no contaban.

¿Es preferible la explotación capitalista a la opresión feudal?. Marx, y cualquier persona razonable, diría que sí. Es clave notar la relatividad de esta respuesta, un detalle quizás demasiado sutil para ultra izquierdistas o expertas en feminismo. No se trata de afirmar que la explotación capitalista es “buena”, por sí misma, como tal, como si no hubiese ningún otro contexto para juzgarla que el supremo bien y la verdad. Se trata de notar que en una situación dada, en una perspectiva histórica, cuando se está entre lo peor o lo malo, puede ocurrir que lo malo sea mejor que lo peor. La burguesía, queriéndolo o no, promovió de hecho la liberación de la mujer, como promovió en general la liberación de la fuerza de trabajo, para poder usufructuar de ella a través del contrato de trabajo asalariado. Marx solía decir: “un gran paso adelante en la historia humana”.

Mucho más acá de las escatologías y los cálculos abstractos y formales, esta situación es importante porque nos dice algo acerca de los intereses y compromisos posibles de los trabajadores. Nos sugiere que quizás las personas razonables no hacen sus cálculos políticos concretos a partir de consideraciones filosóficas abstractas sobre el bien y la justicia, como suelen hacerlo los intelectuales y los estudiantes, sino sobre la base de juicios empíricos relacionados con sus propias condiciones de vida. Para una posible política marxista actual es notablemente relevante captar la profundidad histórica de esos cálculos, por muy empíricas que sean sus referencias.

Cuando una persona común y corriente decide, de manera explícita o implícita, mantener una conducta política conservadora, o progresista, o de izquierda, en general está haciendo, aunque no lo sepa, un delicado y fino cálculo no sólo sobre su situación particular y presente, sino sobre la perspectiva de vida que resulta de considerar cómo vivieron sus padres y abuelos y cómo podrían vivir sus hijos y sus nietos. En ese cálculo participan estimaciones sobre cómo han logrado salir adelante sus vecinos y conocidos, o por qué razones se ha degradado la vida de aquellos que ve como fracasados. No es relevante si estas estimaciones y cálculos son correctos o no. Frecuentemente en ellos están presentes los ideologismos comunes acerca de la riqueza y la pobreza: los ricos se esforzaron, entre los pobres abunda el descuido y la flojera. Lo relevante es que, sean ciertos o no, determinarán su conducta política efectiva.

Entre las personas que tienen un acceso mayor a la cultura y a la educación, como es el caso de los obreros modernos, o de los trabajadores en el área de servicios, o de los sectores privilegiados de la población, estos cálculos suelen estar atravesados por consideraciones estrictamente culturales y teóricas, más allá de los intereses puramente materiales. Es el caso, que he citado, de don Vicente Huidobro. Sólo a los ultra izquierdistas, que coinciden en esto con las ingenuidades del socialismo utópico, se les puede ocurrir que la “conciencia de clase” coincide siempre y uno a uno con la conciencia empírica de cada ciudadano. No creo necesario discutir semejante simplificación.

Lo que me importa es que la conciencia empírica de los asalariados está ligada históricamente al aumento objetivo del salario real, y que es perfectamente razonable a partir de esto que los trabajadores industriales hayan mantenido tradicionalmente una conducta política reformista. El cálculo histórico indica que es posible esperar un aumento en los estándares de vida a partir del progreso capitalista, al menos entre los que estén integrados de manera efectiva a la producción y al avance tecnológico. Que esto sea real o no en términos del conjunto de la humanidad no es realmente relevante. No se le puede pedir, de manera verosímil, a un trabajador, que tenga una consciencia revolucionaria sólo a partir de lo que ocurre en un indefinido “otros”, que no son para él significativos en términos de su perspectiva vital.

Los marxistas clásicos siempre pusieron el énfasis de sus razonamientos y propagandas en los desastres, múltiples y objetivos, que conlleva el desarrollo capitalista. Para entender la política actual, en cambio, es bueno echar una mirada al reverso de esos desastres, y darse cuenta que las personas razonables, mucho antes y con mucha mayor habilidad que los marxistas, ya habían notado que la realidad no suele ocurrir en blanco y negro.

¿Puede haber burgueses de izquierda? Puede, de hecho los hay. Es muy importante preguntarse porqué. ¿Puede haber asalariados de derecha? La respuesta es demasiado obvia, incluso para los marxistas. Es clave preguntarse porqué, desde un punto de vista marxista.

Hay dos razones básicas para que haya asalariados de derecha, ambas importantes desde un punto de vista teórico. Una es la diferencia entre los asalariados que sólo viven de vender su fuerza de trabajo y los que usufructúan del control burocrático, cuyo salario, como está dicho, está determinado de una manera muy diferente a los primeros. La otra es que entre los efectivamente integrados a la producción moderna el salario real ha crecido históricamente, dándoles una perspectiva histórica que los liga a una cierta “promesa” de progreso dentro del capitalismo.

En el primer caso, el del salario burocrático, es importante notar que las conductas políticas que se pueden seguir podrían perfectamente ser progresistas e incluso anti capitalistas. Si son más o menos conservadoras dependerá más bien de un asunto de estratificación social. En esencia los intereses de la burocracia son contradictorios con los de la burguesía, aunque esta contradicción no sea aún frontal. Lo relevante aquí, sin embargo, es que estos intereses son históricamente contradictorios también con los de los productores directos.

En el segundo caso es importante el que las conductas políticas de los trabajadores integrados a la producción moderna son no sólo empíricamente sino, incluso, en principio, muy diferentes a la de los amplios sectores marginados. Esto no es hermoso ni deseable, es simplemente real, y todo cálculo marxista debe partir desde esta constatación. Podría ocurrir que los trabajadores, que son los que

pueden hacer la revolución, no estén interesados en hacerla, y que los marginados de la producción, que son justamente los que no pueden hacerla, sean en cambio los que más la invoquen.

Esta estimación puede ser muy dura, pero deriva de una cuestión básica en el marxismo: hacer la revolución consiste en tomarse la división social del trabajo (que es lo que determina el dominio social), y esto sólo pueden hacerlo los trabajadores, en tanto trabajadores no, básicamente, los pobres, en virtud de su condición de pobres. Esta es la gran y crucial diferencia entre la idea de revolución proletaria en el marxismo, y los muchos revolucionarismos que se han pensado en el marco del anarquismo o del socialismo utópico.

La tarea de los marxistas, sobre todo en el siglo XXI, no es la cuestión clásica de convencer a los pobres para que asalten el poder, sino la de encontrar vínculos que ligen las necesidades extremas de la pobreza con los problemas que acarrea la explotación en contextos en que el estándar de vida no es completamente malo.

Por eso, porque una revolución efectiva, que vaya más allá de la mera “toma del poder”, sólo pueden hacerla los trabajadores, es que a los marxistas les interesa más el problema de la explotación que el problema directo de la pobreza. En el siglo XIX ambas cuestiones estaban ligadas, y coincidían de hecho, en el siglo XXI nuestro problema es justamente que ya no coinciden. Y que los intereses de los trabajadores podrían ser muy distintos que los intereses de los pobres en general.

Es ante ese dilema en que, curiosamente, la pregunta de si puede haber burgueses de izquierda resulta relevante. No porque tengamos que esperar que sea la burguesía de izquierda la que haga o encabece una eventual revolución, idea que sería un poco extraña para la lógica marxista habitual, e incluso para el sentido común.

Para la perspectiva de una revolución comunista en el siglo XXI es relevante preguntarse porqué don Vicente Huidobro quiso alguna vez ser comunista. Preguntarse contra qué reclamaba en esencia, cuál era el posible núcleo racional detrás de sus rebeldías de muchacho mal criado, o de diletante sofisticado. Estas preguntas nos llevan al asunto de establecer las contradicciones que afectan a los trabajadores que tienen ciertos niveles de consumo. Las contradicciones vitales, aquellas que afectan su perspectiva existencial, aquellas que podrían hacerlos dudar del cálculo que tan confiadamente han entregado al posible progreso dentro del capitalismo.

Puesto este asunto de manera teórica el problema es describir la relación posible entre enajenación y consumo, y no sólo la relación más inmediata entre enajenación y pobreza. El concepto de enajenación resulta clave, una teoría de la subjetividad materialista, más profunda, más allá de las ingenuidades y los optimismos ilustrados, es necesaria.

Yo creo que esto significa volver a pensar el marxismo desde lo que fue propiamente su origen: la protesta contra el avance de la deshumanización en medio de un proceso de humanización creciente. La rebelión contra los aspectos represivos de lo que es también de manera objetiva humanización y progreso. Yo creo, como Marx, que esta rebelión sólo puede ser una rebelión radical, una revolución que termine con el nudo que hace posible esta conexión perversa, que termine con la lucha de clases, con la necesidad de la lucha de clases. Una sociedad en que ya no haya lucha de clases puede llamarse sociedad comunista, y los que creen que construir un mundo como ese es posible deberían también llamarse a sí mismos comunistas.

*Iskra*



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:  
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata..](#)